

Reseña

De Diego, José Luis. Los escritores y sus representaciones. Formación, campo literario, escritura, crítica, canon, mercado editorial, libros. Buenos Aires: Eudeba, 2021.

Jorge Jacobi¹

Hace algunos años, Gustavo Sorá señalaba que el campo de estudios sobre el libro y la edición en Argentina tenía su posible fecha de fundación en el año 2006. No es que, previamente, no se hubieran producido trabajos que atendieran en los aspectos materiales, sociales y económicos de la edición de libros para iluminar fenómenos históricos y culturales, sino que, a partir de entonces, puede verse que estas dimensiones adquirieron sistematicidad, formando y consolidando áreas de indagación y espacios de investigación que multiplicaron y dinamizaron estos problemas. Entre otros acontecimientos, el 2006 es el año de la primera edición de *Editores y políticas editoriales en Argentina 1880-2000* (FCE), trabajo de investigación coordinado por José Luis de Diego, y bibliografía imprescindible para cualquier interés por la producción cultural argentina del siglo XX. De Diego es un animador en el campo de estudios sobre el libro y la edición en Argentina; sus trabajos presentan problemas necesarios, que requieren

¹ **Jorge Jacobi** es Licenciado en Letras por la Universidad Nacional del Litoral y se desempeña como docente en la Universidad Nacional de Entre Ríos. Actualmente, se encuentra finalizando el Doctorado en Ciencias Sociales en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES-UNGS) y es becario doctoral del CONICET. Su investigación aborda las dimensiones editoriales de la producción literaria en las provincias de la Región Centro, entre 1982 y 2020. Contacto: jorgejacobi@gmail.com.

abordajes metodológicos diversos y fuentes que se constituyen en elementos centrales de las investigaciones. La sistematicidad y rigor de su trabajo — publicado en libros como *Los autores no escriben libros* (Ampersand 2020), *La otra cara de Jano* (Ampersand 2015), *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?* (Ediciones Al Margen 2001), entre otros—, dan cuenta de ello.

Fiel a una impronta que combina sistematizaciones críticas y exposiciones progresivas, *Los escritores y sus representaciones* se posiciona, rápidamente, como referencia ineludible para quienes se interesan por la producción literaria y editorial. Como el título indica, su objeto es la representación que los escritores y las escritoras formulan sobre el espacio de producción en el que participan. La fuente principal es la “Encuesta a la literatura argentina contemporánea”, proyecto dirigido por Susana Zanetti, desarrollado por Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, y publicado en 1982 por el CEAL. Además de la “Encuesta”, el autor suma como fuentes los testimonios recuperados en *La curiosidad impertinente. Entrevistas con narradores argentinos*, de Guillermo Saavedra (Beatriz Viterbo: 1993), y *Primera persona. Conversaciones con quince narradores argentinos*, de Graciela Speranza (Norma: 1995). De esta manera, el corpus de su indagación, queda compuesto por 82 testimonios de autores argentinos, sobre varios aspectos que permiten objetivar las tensiones propias de un campo.

El libro está organizado en nueve capítulos que desarrollan, cada uno, una pregunta. Para presentar este material, Diego alude al contexto de recepción de la obra de Raymond Williams, por los años en que se publica la “Encuesta”: “Altamirano y Sarlo estaban preparando su difundido libro “Literatura/Sociedad”, publicado por Hachette en 1983”. Unos años más tarde, dice el autor, Sarlo recapitularía ese proceso, focalizando en dos aspectos: “los procesos institucionales, tecnológicos y materiales como condición de lo simbólico” y las nociones “que permitían considerar la materia histórica de la literatura”, como “estructura de sentimiento” o “espesor de lo vivido” (11). Las preguntas de la “Encuesta”, sostiene de Diego,

manifiestan un interés que *bascula* entre una perspectiva más sociológica y otras más demandantes de las representaciones y expectativas de los escritores.

En cada una de las preguntas, en cada uno de los capítulos, de Diego despliega sus instrumentos de observación y análisis, y subraya las variables que permitieron descubrir cierta sistematicidad. Cuando aborda los testimonios sobre los comienzos de los escritores, sus primeras publicaciones y el recuerdo de esos períodos, señala que hay ciertos tópicos que se destacan: el recurso de la autoedición, la participación en concursos literarios, el reconocimiento de padrinos y guías, y el acceso a editoriales e imprentas. Al analizar los episodios de iniciación literaria, objeto de la segunda pregunta, establece un cruce entre el “clima intelectual de infancia”, el lugar asignado por los escritores a la escuela, a la educación formal e informal, a las amistades literarias y a los autores decisivos en la formación literaria de los escritores, que le permiten develar algunas tensiones. Al abordar la pregunta por la forma de trabajo de los escritores, desarrolla una contextualización crítica que devela cómo el proceso de profesionalización en Argentina fue asumido, en un primer momento, como una condición negativa, por parte de los “escritores del boom” y, luego, como un desafío aceptado, en la siguiente generación. Las formas de expresar sus formas de trabajar, por parte de los escritores (corrección, lectura compartida, escritura a mano y a máquina, etc.) manifiesta, también, tensiones siempre presentes con una concepción más residual y anacrónica de *inspiración*. En el cuarto capítulo, sobre los *temas* de escritura, de Diego sistematiza una serie de tópicos que, aunque generalmente no considerados como temáticos por los escritores, imprimen un panorama de la escritura a principios de los 80: las provincias (por parte de escritores del interior, que se perciben *regionalistas* o *universalistas*), la ciudad, la política, la sociedad, el tiempo, la infancia y la adolescencia, la memoria y la dictadura. La quinta pregunta es sobre el *lector ideal*. El autor remite a las formulaciones de Robert Darnton

para señalar un espacio por entonces vacante de indagación empírica que hacían de la lectura, un desafío que implicaba dejar de pensar a los lectores como sujetos pasivos. No obstante, más allá del rechazo generalizado por la noción de *ideal*, señala, los testimonios de los escritores permiten reconocer algunas figuraciones que desarrolla en este capítulo: el *lector cómplice naif o salvaje* y el *lector público o cliente*, el *lector especializado* y el *lector común*. En la pregunta sobre la relación con la crítica, el autor descifra que la imagen formulada por Roberto Arlt, la del *crítico como escritor fracasado*, opera como telón de fondo de los testimonios analizados, y desmenuza los matices y blancos de esas críticas. Entre las excepciones, menciona algunas referencias a revistas (entre las que se destaca *Punto de Vista*) y algunas referencias personales (Sarlo, Pezzoni, Lafforgue), contemporáneos de la “Encuesta”. Con los testimonios sobre la siguiente pregunta —*¿en relación a qué escritores argentinos o extranjeros piensa usted su propia obra?*—, de Diego construye datos sobre la recepción de ciertos autores, que permiten descubrir la incidencia de la *vanguardia narrativa de los veinte* en Europa, la persistencia de una tradición antihispanista de la intelectualidad argentina, matizada con la presencia de la “*lírica española de los veinte, de la guerra y del exilio*” (111), un doble circuito (el de poetas y el de narradores) de recepción de autores latinoamericanos y, por último, algunos desplazamientos que se producen entre los sesenta y los noventa, que logran precisar algunas particularidades históricas de la recepción de autores argentinos entre autores argentinos. Si bien de Diego destaca que, en todas las preguntas, los escritores suelen relativizar o criticar algunos de sus términos, en la penúltima —*¿cuáles son las cualidades más importantes en un escritor?*—, esta situación adquiere centralidad para el análisis. El autor toma el testimonio de Rodolfo Rabanal para iluminar las declaraciones en torno a tres aspectos: las cualidades políticas, las cualidades éticas y las cualidades estéticas de los escritores, operación que habilita al reconocimiento de algunas escisiones emergentes, que tenderán a la declaración de autonomía: entre el *compromiso sartreano*

y el repliegue de una derrota, entre el escritor y la persona, entre la ética y la estética. Finalmente, la pregunta del último capítulo apunta a identificar la relación de los escritores con el trabajo y la subsistencia material. Más allá de subrayar algunos oficios relacionados con la escritura (docentes, periodistas, trabajadores del mundo del libro, traductores y bibliotecarios) y otros oficios variados, de Diego presta una especial atención al desinterés manifiesto en el grueso de los testimonios, en contraste con un puñado reducido de escritores que manifiestan vivir de su producción literaria, entre ellos, dos jóvenes *best seller* del momento y algunos escritores nacidos en la década del diez, ya reconocidos y consagrados.

Transitando por el entramado conceptual de la recepción de autores como Williams, Pierre Bourdieu, Darnton, Theodor Adorno, Jean-Paul Sartre o el estructuralismo francés, el libro confirma algunas de sus hipótesis centrales, sin dejar de señalar controversias y anacronismos. Los esquemas de presentación de los problemas de la producción literaria en Argentina, dialogan con el contexto de la “Encuesta” y con analistas como Ángel Rama o Adolfo Prieto. De esta manera, las tensiones del campo literario con un mercado editorial que, en Argentina, no ha llegado a formarse como tal, quedan expuestas a la luz de las operaciones analíticas que propone este libro.

Así como “La Encuesta” ofrecía un contenido que aún no había sido abordado analíticamente, *Los escritores y sus representaciones* focaliza sobre determinados procesos y relaciones que, además de producir algunos descubrimientos sobre ese campo, abren preguntas y caminos por transitar. En este sentido, el libro habilita tanto a la lectura exploratoria y panorámica, como analítica y minuciosa. Muchas de sus operaciones y muestreos se constituyen en potenciales insumos para más indagaciones en torno a la cultura impresa en Argentina, la historia literaria, el mundo de la edición y de la lectura.